

PAPIRO

Día 16

El Suicidio

Shanghái – China.

Aún incrédulo, las pupilas de Malenty se contrajeron de ira, mientras un tic le desfiguraba el labio superior, obligándolo a mostrar su diente de oro. La noticia no era para menos, su esperanza se desvanecía conforme leía el telegrama de Daryl:

«Burn se negó a darme el papiro»

—No es verdad —se dijo, mientras seguía leyendo:

«Buscaré alternativas»

Estrujó el papel entre sus manos, como si quisiera estrangular a cada uno de los responsables de su fracaso.

Guardó el telegrama y tomó con desgano el periódico local. La frustración no se había disipado, y lo que vio al desdoblar el diario lo hizo estallar: una fotografía de Zaid, acompañada del titular “FUNCIONARIO DE EGIPTO SE SUICIDA”, provocó que arrojara todo al cesto de basura, exclamando:

—¡Te lo advertí!

Sin embargo, al recordar el trato que había hecho, logró serenarse. Una leve sonrisa torcida empezó a dibujarse en su rostro, y musitó:

—Al menos Karimt sí cumplió.

Terminó su trago del mediodía, se levantó y dejó sobre la barra un papel arrugado con un nuevo encargo para Karimt, quien lo observaba a prudente distancia sin perderlo de vista. Era un método arcaico pero eficaz de comunicación: evitaba que los vieran juntos o los vincularan públicamente.

Hombre de recursos, Malenty ya había ideado su siguiente movida y la había puesto en marcha tiempo atrás. Por ahora, sin embargo, seguía dependiendo de Daryl, quien le había

prometido que aún contaba con un último recurso para recuperar el papiro. Malenty sabía que Burn era astuto —demasiado— y comenzaba a sospechar que no trabajaba solo. Por eso, otra prioridad que le había encomendado a Daryl era descubrir quién estaba realmente detrás de todo.

—Sabías que no debías fallarme —murmuró, y dejó que el vaso se resbalara de su mano como si fuera el destino de Zaid.

Poco después, Malenty salió del bar y se dirigió a su lugar predilecto en el Bund: su prestigiosa galería de arte antiguo. Estaba ansioso por supervisar los preparativos de la exposición anual, programada para el día siguiente. Conforme caminaba, la inquietud lo consumía. A los pocos pasos, se detuvo y miró hacia atrás varias veces. Era un ritual que repetía con meticulosidad: cerciorarse, una y otra vez, de que nadie lo seguía.

Era el resultado de un trastorno obsesivo-compulsivo que se había agravado con los años, transformado en un delirio de persecución. Este comportamiento, evidente para cualquiera que lo observara, pasaba inadvertido para él. En su mente, cada mirada o gesto inusual despertaba sospechas, y justificaba una vigilancia paranoica que no podía evitar.

La desazón lo sobrecogía, incluso ahora que Zaid había pagado caro su traición. Algo le decía que esa galería que tanto amaba estaba a punto de convertirse en su talón de Aquiles.

La Frustración

Deir el-Bahari – Egipto.

El amanecer sorprendió a Amy aún enfrascada en la lectura y el desciframiento de los jeroglíficos. Llevaba horas sentada frente a su mesa de trabajo, incapaz de avanzar más allá de las primeras líneas.

—Yo Sermy... perdí... papiro... juego... Senet... yo... pecado... lecho... muerte... hierbas... curar...

Transliteró algunos signos y leyó en voz alta:

—Yo, Sermy, perdí el papiro en un juego de Senet. Confieso este pecado en mi lecho de muerte.

Aquello no se parecía a una ofrenda funeraria ni a una receta medicinal. Más bien parecía una confesión hecha antes de morir. Amy no le encontraba sentido. Lo único claro era el nombre de Sermy y una vaga mención a hierbas. Cansada de no avanzar, decidió saltar al final del texto.

—Para que... las hierbas... veneno y mezclas... servirlo... mañana... aliviar... mi hijo... Osiris... murió.

—Un poco mejor —pensó.

Entonces intentó con la parte central.

—Faraón... traición... peligros... sacerdotes... quieren... jubileo... la tumba está... su cuerpo... Behka...

Antes de terminar de traducir esta línea, retrocedió de golpe, como si algo en el papiro le hubiese hablado. Una palabra —muerte— se destacaba en color rojo. Comenzó a temblar; desconocía si tomarlo como un presagio o una condena.

Enseguida, se levantó y secó el sudor de su frente.

—Esto es muy difícil de entender —murmuró a punto de las lágrimas.

Amy no tenía el contexto ni sabía en qué época se había escrito. Además, ignoraba casi todo sobre Sermy.

Tras varios intentos fallidos, se sintió engañada. Imaginó que todo había sido una trampa de Burn —y de Sofía y Daryl— para obtener el código. La zozobra volvió a apoderarse de ella. Recordó las sonrisas y las miradas cómplices entre ellos, y ya no dudó: la habían utilizado.

Pensó en su padre y un malestar profundo la invadió. Se dio cuenta de que, sola, no sería capaz de encontrar la fórmula del antídoto. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Su boca se entreabrió, dejando escapar un sollozo, mezcla de ira e impotencia.

Toc, toc.

Alguien golpeó la puerta. Amy necesitó unos segundos para limpiarse el rostro, ponerse de pie y quitar el cerrojo. Al abrir, lo vio. Era Daryl.

Enseguida canalizó su ira hacia él. Antes de que pudiera decir una sola palabra, cerró la puerta de golpe.

Daryl alcanzó a verla. Notó sus ojos enrojecidos... y también que en su cuello llevaba un amuleto parecido al de Sofía. No se fue. Preocupado, preguntó:

—Amy, ¿qué sucede?

No esperaba ese recibimiento. Imaginaba encontrarla contenta, satisfecha de tener al fin el papiro. Pero verla así lo desconcertó. Esperó varios minutos y volvió a preguntar:

—¿Estás bien?

Hubo silencio. Hasta que, desde dentro, la oyó murmurar:

—Me engañaron. Tú lo maquinaste, ¿verdad? Lo de Burn, Sofía, la sonrisa de los tres...

Entonces supo que insistir era inútil. Dio media vuelta y se marchó.

Amy, aunque tenía el papiro, se sentía estancada. Su padre le había advertido que evitara al Dr. Taruf, y esa advertencia la paralizaba.

—¿Quién, además de él, puede ayudarme? —se preguntaba, repasando lo poco que había logrado traducir.

Debía tomar una decisión difícil, y el tiempo apremiaba. No quería dejar el papiro en la habitación, pero llevarlo consigo también era riesgoso. Ya no confiaba en Daryl... y, para colmo, alguien merodeaba por el campamento.

Decidió arriesgarse.

Salió de la habitación con el corazón latiendo con fuerza. Iba rumbo al Valle de los Reyes, dispuesta a enfrentarse a lo desconocido en busca de respuestas. Conforme caminaba, el viento por fin surcaba su rostro. El sombrero de ala ancha apenas resistía la embestida del khamsin, ese viento seco y abrasador que los beduinos temían y respetaban. Amy alzó el pañuelo de lino que llevaba al cuello y lo sujetó con firmeza sobre el rostro, como le habían enseñado.

Sus ojos, ocultos tras unos lentes redondos, no se apartaban del horizonte. Estaba decidida a todo.

Tal vez allá, entre sombras y secretos, encontraría el antídoto para salvar a su padre.

Su cita no era con el destino, sino con el Dr. Nafir Taruf. Aunque él, ni idea tenía de esto.

La Gran Cámara

Valle de los Reyes – Egipto.

Abdul se acercó a Nafir con paso firme, esperando que sus palabras trajeran consuelo a la creciente angustia de su amigo.

—Hemos encontrado algo.

Los excavadores habían alcanzado el fondo de la gran cámara y, tras dos días de trabajo agotador, habían descubierto la entrada a un nuevo pozo. Nafir, aún abatido por haber entregado los fragmentos, miró a Abdul con inquietud.

—¿Es la cámara sepulcral?

Abdul negó con la cabeza.

—Estamos cerca —respondió.

La preocupación de Nafir se acentuó. Con cada día que pasaba, las posibilidades de hallar el resto de los venenos disminuían, y su cuerpo comenzaba a ceder. Necesitaba encontrar cuanto antes la cámara que albergara el sarcófago de Sermy, con la esperanza de descifrar los jeroglíficos inscritos en su interior. Si allí se revelaba la fórmula del antídoto —o al menos la composición de otro veneno—, podría tener una nueva oportunidad. Era su única premisa, ahora que el papiro ya no estaba en su poder.

—Continúen excavando —ordenó.

—No se esfuerce más... Doctor, está empeorando.

Nafir añadió, con voz apagada pero firme:

—Prefiero morir excavando que esperando.

—No tengo tiempo que perder.

La frustración lo consumía. Había comenzado a perder claridad sobre qué buscaba exactamente. El hombre racional que siempre había sido se debatía entre su escepticismo y una súplica muda hacia algo superior. No era creyente, pero en el fondo ansiaba un milagro. Algo que rompiera la lógica. Que lo salvara.

En ese momento, la cámara sepulcral era lo más cercano a un acto de fe.

A lo lejos, un grito cortó el silencio.

Abdul corrió hacia el borde del pozo.

—¡Doctor! ¡Encontramos algo!

Nafir se tambaleó al ponerse de pie, cayó, pero volvió a levantarse...

Fernando Perales